

NADA ERA CASUAL

Pascual Fernández Espín

NADA ERA CASUAL



Primera edición: octubre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Pascual Fernández Espín

ISBN: 979-13-88411-46-5
ISBN digital: 979-13-88411-47-2
Depósito legal: M-24052-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para ellos, los pilares de mi vida.

PRÓLOGO

Para devorar.

La prosa de Pascual Fernández estaría incompleta sin la brillantez de sus diálogos y la contundencia de su argumento. Prosa feliz que cumple con el precepto esencial de la literatura desde Homero: entretener.

Como en la Teoría General de Sistemas de Bertalanffy, todo se realimenta y cambia cuando interviene un factor diferencial; aunque se trate de un abuelo al cabo de sus últimos días. La familia se desconforma, dando lugar a un proceso magnífico en el que los personajes interactúan alterando su propia esencia.

Una obra rotunda, bien redondeada, que deja un posgusto intenso a literatura de la buena, de la de siempre, con algunas notas de modernidad. Un personalismo mágico y distinto el de este autor en plena madurez creativa que busca de la esencia y se aleja de la excentricidad y de la moda. Guiños a los clásicos que iluminan palabras precisas, mensajes inequívocos.

El resultado de tanto trabajo solo puede ser una obra para devorar.

Luis Folgado de Torres

CAPÍTULO I

El periodista Matías Prats abrió el telediario con su gesto solemne.

La noticia era inequívoca: España entraba en estado de alarma por la covid a partir de la medianoche…

Tras una breve introducción, dio paso al vídeo en el que la ministra de Hacienda y el ministro de Sanidad anunciaban las medidas acordadas en el Consejo de ministros.

Asensio subió el volumen.

Susan apareció en la puerta, secándose las manos, y se quedó quieta, como si hubiera entendido el mensaje antes incluso de escucharlo del todo.

«Reunido el Consejo de ministros en sesión extraordinaria, a fin de afrontar la situación de emergencia sanitaria provocada por el coronavirus en España, ha sido aprobado el estado de alarma… medidas de aislamiento social… Fuerzas Armadas…».

Continuó escuchándose la voz del presentador, aunque Asensio ya solo atendía al tono: esa cadencia grave que anuncia que algo se ha roto. Aun así, subió un poco más el volumen.

«España entra en estado de alarma y…».

Nadie habló durante unos segundos.

—Exageraciones. Ya hemos pasado por otras parecidas —dijo Susan, con gesto de hastío.

Asensio negó con la cabeza. No discutió. Esa vez no. Había algo distinto en su mirada: una prisa seca.

«Con la finalidad de contener los efectos devastadores del coronavirus y garantizar…».

El sonido del televisor, ahora más alto, se escuchaba al fondo.

—Quieren meternos el miedo en el cuerpo —sentenció Susan, terminándose de secar las manos.

—Calla un momento, por favor —pidió Asensio, subiendo el volumen un punto más—, y déjame escuchar las noticias.

«[…] El decreto, nacido al amparo legal del artículo mencionado, solo permite desplazarse dentro de la población en asuntos de primera necesidad…».

—En cuanto lleguen los chicos, voy al supermercado. Hay que llenar la despensa de todo lo que podamos necesitar.

—Bah, no será para tanto. Últimamente nos estamos acostumbrando a los titulares apocalípticos —comentó Susan—. Alarmas que luego se quedan en agua de borrajas: que si la lengua azul; la gripe porcina; la gripe aviar; las vacas locas… En fin, y ahora con esta seguro que pasa lo mismo: al final no dejará de ser otra alarma más de las que nos encasquetan para mantener a la población atemorizada y hacer de ella lo que a los políticos les salga de ahí.

—No lo creo —replicó Asensio, con el ceño fruncido—. Esta vez va en serio. Esta mañana escuché en la radio una información de Sanidad en la que hablaban de más de cinco mil casos y ciento treinta muertos. Dicen que es un virus nacido en un mercado chino… «Lujan» o algo parecido, creo que lo llaman.

Hizo una pausa, como si midiera el efecto de sus propias palabras.

—Los últimos datos de Sanidad hablaban ya de miles de casos y cientos de muertos, y lo peor es que aquí, en España, ya van al menos diez. No voy a esperar —sentenció Asensio, ya con las llaves en la mano.

Susan, visiblemente fastidiada, observó cómo su marido cogía las llaves del coche.

—¿A dónde vas?

—Voy al supermercado.

—¿Ahora? ¿Ya no esperas a que lleguen los chicos?

—No. Me voy ahora mismo.

—Ya sabes que papá viene hoy, ¿verdad?

Asensio se detuvo.

—No es buena idea.

No alzó la voz. Eso fue lo que la irritó, además del gesto, mínimo, de la ceja arqueada.

Susan no dejó pasar la acción.

—Cuando se trata de mi padre, siempre hay excusas por medio.

—Sabes que no es buen momento —contestó Asensio, sin levantar la voz.

Susan lo miró con una dureza que no necesitó explicación.

—Nunca lo es, para ti.

Asensio suspiró, cansado.

—No empieces.

—No he empezado yo.

—Es igual. Tú siempre eludes cualquier responsabilidad, pero en este caso no sé de qué te sorprendes. La semana pasada ya lo comenté en la mesa, y no pusiste ninguna objeción.

—¿Estás diciendo que a mí me pareció bien?

—Pues sí, eso estoy diciendo. Porque no dijiste ni bien ni mal. Es más: no dijiste nada.

—Pues ahora digo que no venga. En todos los medios lo están repitiendo: el virus se ceba con los mayores. Lo mejor es que se quede en la casa del bosque, respirando aire puro.

Susan lo fulminó con la mirada.

—Y no lo digo solo yo —insistió él, apoyándose en el respaldo de la silla como si así reforzara su argumento—. Las noticias lo repiten cada día. Los mayores son el grupo más vulnerable. Es un hecho. Así que puedes llamar a tu padre y decírselo claramente: que sí, que se quede allí, tranquilo, lejos del peligro. Es lo más sensato. —Hizo una pausa breve, midiendo el efecto de sus palabras—. Además —añadió, con una media sonrisa que rozaba la suficiencia—, con lo especial que es para sus rutinas y sus manías, seguro que hasta lo agradecerá. Ya sabes cómo es para sus cosas.

Susan lo miró sin parpadear. La mandíbula se le tensó apenas un segundo antes de hablar.

—¡Asensio! —estalló—. Otra vez igual. Otra vez disfrazando tus opiniones de falsa prudencia. Deja de poner palos en las ruedas y dilo claro de una vez. Nunca te ha gustado mi padre. ¡Nunca!

Se levantó despacio, conteniendo el impulso de elevar aún más la voz.

—Pero, aunque te incomode —continuó, clavándole la mirada—, papá es un hombre íntegro. Ha sido honesto toda su vida, con sus defectos, como todos, pero íntegro. Y, además, es mi padre. No pienso dejarlo solo jamás. Ni ahora ni en ninguna circunstancia. —Respiró hondo, obligándose a modular el tono antes de seguir—. Y, por cierto, el viernes escuché en la tele…

—¿En la tele? —la interrumpió él con una mueca de abierta burla—. ¿En tu canal favorito? Ese donde todo se convierte en consigna, donde cada opinión ya viene masticada, y lo

que es más triste: ese canal cuyo deporte favorito consiste en despellejar a cualquiera que no piense como ellos.

Susan sintió el golpe, pero no retrocedió.

—Pues sí —respondió con una calma que tensaba el aire—, en ese canal que tú calificas de pervertido también participan psicólogos, juristas y profesionales con criterio propio. No todo es propaganda, aunque te empeñes en reducirlo a eso.

Se acercó un paso más, no como desafío físico, sino como afirmación.

—Y el otro día uno de ellos habló de los abuelos. De su papel en la construcción emocional y cognitiva de los nietos. Los definió como libros vivos, como puentes intergeneracionales que sostienen la memoria y dan sentido al presente. ¿Sabes lo que significa eso? Que un abuelo no es un estorbo al que se aparta «por seguridad», sino una raíz de soluciones. Y mi padre es exactamente eso.

El gesto de Asensio se endureció, pero permaneció en silencio.

—Papá, cuando está con los niños, se transforma —continuó ella, bajando apenas el tono, aunque no la firmeza—. Se vuelve paciente, creativo, incluso tierno. Les cuenta historias, les enseña a observar el mundo, a dudar, a preguntar. Les transmite algo que no se aprende en manuales ni en pantallas. —Lo miró con intensidad, sin rastro de ironía—. Y eso te irrita. Porque, te guste o no, desde ese punto de vista mi padre va delante de ti varios pueblos.

El silencio que siguió no fue pacífico. Fue denso, cargado de verdades que ninguno de los dos quería nombrar del todo.

—No es una competición —murmuró él al fin, con un deje de resentimiento apenas disimulado.

—Para mí tampoco —replicó Susan—. Pero sí es una cuestión de respeto. Y mientras tú sigas escondiendo tu desa-

grado detrás de discursos paternalistas, seguiré recordándote algo muy simple: no voy a elegir entre mi marido y mi padre, y menos aún que conviertas el cuidado en un pretexto para apartarlo.

Se dio la vuelta, dando por terminada la discusión.

—Si de verdad te preocupa su salud, llámalo tú y díselo con honestidad. Sin ironías. Sin sarcasmo. . Solo con la verdad.

La puerta del salón se cerró con un leve chasquido.

Asensio permaneció unos segundos inmóvil, atrapado entre el orgullo y algo que se parecía demasiado a la culpa. Después soltó una carcajada seca.

—¿De mí, varios pueblos? ¿Tu padre? Mucho ruido y pocas nueces.

—¿Qué quieres decir con esa estupidez?

—Muy sencillo. Y ya que te noto alterada, te lo digo sin rodeos: tu padre nunca me llegó ni a la suela de los zapatos, aunque en esta casa siempre se le haya colocado por encima de lo que le corresponde. La ignorancia suele ser atrevida… y ciega. Y al final de la vida, lo que pesa no son los títulos ni el prestigio, sino las cifras de la cuenta bancaria.

Susan apretó los labios antes de responder.

—La soberbia es tu especialidad —dijo, reflejando en su rostro cierta aversión—. Las personas de tu talante suelen perderse cuando creen haber llegado a la cima. Pero siempre hay una piedra en el camino que las devuelve a la realidad. Y la mayoría de este tipo de gente acaba estrellándose contra su propio orgullo. Más te gustaría a ti ser, aunque solo fuera un poco así —marcó la distancia entre el pulgar y el índice—, parecerte a mi padre y tener una mínima parte de sus conocimientos.

—¿Me estás diciendo que sabe más que los ordenadores de la NASA? —rio Asensio.

—No sé si sabe más que la NASA o la OTAN —replicó ella, con el ceño fruncido—. Lo que sí sé es que muchas de las cosas que hoy están ocurriendo él ya las denunciaba hace años. Y, entre otras razones, por eso no lo soportas. Claro que él tampoco traga muchas de tus… llamémosle… contradicciones. Y todo ese cúmulo de «cosas» —volvió a utilizar los mismos dedos para marcar comillas— es lo que a ti te joroba. Pero ya lo has podido ver infinidad de veces: si mi padre para ti no es santo de tu devoción, a los niños les encanta estar con su abuelo.

—¡Es posible que les encante a Álex y Asun, porque tu padre sabe explotar muy bien su papel de calcomanía de abuelo, contándoles batallitas de cuando estuvo en la UDYCO defendiendo a España de todos los malos y rojos de este mundo! —Rio.

—Dicho por ti, y con esa forma tan graciosa que tienes de contarlo, no me extraña que a mi papá se le atraganten tus tonterías. —Esta vez la réplica subió un poco más el listón de lo desabrido—. Es verdad que, por la profesión que ha tenido, vive intensamente la idea de España; pero eso no quiere decir que sea la España que muchas veces ponen en su boca los políticos. Él cree en otra idea de país.

—De tal palo, tal astilla. Con mucha letra menuda, eso sí. Pero no nos engañemos: tus hijos lo quieren más por las batallitas que por su presencia. Digas lo que digas de tu papaíto del alma, en esa realidad paralela en la que vive siempre ha preferido dar rienda suelta a sus sueños de superhombre antes que enfrentarse a la vida tal y como es. Cuando les cuenta historias a los nietos, en realidad se está contando historias para consumo propio, reflejando sus propias fantasías. Tu padre siempre ha sido polémico —continuó, recreándose con inten-

ción—. Y eso tú lo sabes. En el trabajo también tuvo problemas. Por eso, cuando lo jubilaron… o lo apartaron, según se mire… tuvo que huir del mundanal ruido y esconderse en las montañas, como un Yeti.

—Contigo hay cosas que es mejor no decir —respondió Susan, conteniéndose—. Callar, ser prudente ante tus frasecitas avinagradas, a veces es peor. Mi padre se fue a la montaña por razones completamente ajenas a su trabajo. La principal fue el golpe moral y físico que le supuso la muerte de mamá: ella era el único eslabón que lo mantenía unido a la vida. Otra razón fue el tiempo que pasó viviendo con nosotros después de aquello. Hiciste muy poco por hacerle llevadero el duelo y la convivencia. Y voy a parar aquí —se pellizcó el estómago, conteniéndose— antes de que me encienda. Mi padre es una persona íntegra. Siempre lo ha sido. Y dentro de su trabajo estaba cansado de mirar hacia otro lado. Esa misma decencia le impedía tragar las ruedas de molino que otros sí aceptaban. —Miró a su marido con visible enojo—. Si se jubiló antes de tiempo fue precisamente por eso: porque sus superiores sabían que, tarde o temprano, les sacaría los colores por misiones que no eran del todo legales. De ahí que le facilitaran la salida con la paga intacta y el reconocimiento de inspector mayor.

Por unos instantes, la mente de Susan dio un salto atrás, al momento en que comunicó a su padre que se casaría con Asensio.

A su padre nunca le había gustado aquella relación, pero una vez dado el paso, lo aceptó con una cortesía forzada, sin entusiasmo.

El tiempo le dio la razón: Asensio, sintiéndose desplazado en el equilibrio familiar, fue transformando esa incomodidad en hostilidad, y la animadversión —a veces delirante— terminaba aflorando incluso en las conversaciones más triviales.

CAPÍTULO II

De nuevo en la realidad del momento:

—¿Te has dado cuenta de que cada vez que hablamos de tu padre, por una cosa o por otra, siempre acabamos discutiendo? Pues ¿sabes lo que te digo? Si tiene que venir el héroe, que venga; y si tiene que hacer lo que le salga de los cojones, que lo haga. —Asensio endureció la voz—. Con lo que está cayendo ahora mismo me apetece más un *whisky* que hablar de tu padre. Por tanto, si a la «señora» le viene bien, que me ayude a hacer la lista de la compra, no sea que luego, delante de los críos, me eches en cara lo de siempre: que los problemas de la casa me importan una mierda… Y el caso es que no sé por qué se me calienta el mal humor contigo. De tal palo, tal astilla.

—¡Asensio! ¿Qué coños quieres decir con esa majadería?

—Tú misma. Pero para que no te calientes mucho la cabeza, relaciona la metáfora con tu héroe. ¡Y ya basta! No quiero hablar más del tema, que luego me entra el puñetero flato. Y para que veas que hoy estoy bastante más colaborador que tú, y ahora mismo solo me acompañan un par de *whiskys*, si quieres nos ponemos con la relación de todo lo que vamos a necesitar los próximos quince días. Eso contando con que no empiecen a escasear algunos productos. Para que te quede bien claro: que en esta casa falte el pan o

la leche, todavía lo admito, pero lo que no me gustaría es que faltase el *whisky*.

La discusión fue subiendo de tono poco a poco. Viejas rencillas, reproches velados y diferencias de carácter afloraron como tantas otras veces cuando hablaban del abuelo. Al final, fue el sonido de la puerta al abrirse lo que interrumpió la disputa.

—¡Mamá, papá! —gritó Asun desde el recibidor—. Mirad a quién me he encontrado en la calle: ¡al abuelo! Y dice que se viene a vivir con nosotros una temporada.

El abuelo entró con paso firme, seguido del perro, que olfateaba el suelo como si ya conociera la casa.

Susan lo abrazó sin hacer preguntas.

Asensio permaneció sentado.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. El perro tampoco.

—Hola, papá. Qué bien te veo, porque preguntarte cómo estás sería hasta ofensivo: no hay nada más que mirarte de arriba abajo para ver que estás estupendo. Buen color… poca grasa… musculatura firme.

Con el índice, Susan tecleó cariñosamente a su padre en la barriga.

—La montaña no da lujos, hija, pero regala salud y tranquilidad. ¿Qué te pensabas: que vivir en la montaña todo eran carencias? Basta con despertar la inteligencia para la supervivencia y adaptarse al medio; ahí radica el triunfo de la vida. Obviamente, muy distinto a la capital, donde basta dejarte llevar por las corrientes al uso para sobrevivir; pero allá arriba, la mayoría de las veces dependes de ti mismo. Y luego, no hay que darle categoría menor, está el relax y la tranquilidad que se respira allí.

Asensio, desde el sofá, observaba la escena en silencio, con una resignación difícil de disimular.

El abuelo se sentó en una de las butacas, mientras Tobi —su inseparable braco alemán— se tumbaba junto a la puerta con aire vigilante. Fue entonces cuando Susan percibió de verdad la presencia del perro, aunque siguió sin hacer mención explícita de él.

—Tranquilidad… ¿Has dicho que a tu edad todavía buscas la soledad?

—Pues sí, ¿por qué no? García Márquez, uno de mis escritores favoritos, escribió en su *Pacto honrado con la soledad*, que la soledad no es tan mala; lo malo es no saber estar con ella.

Susan asintió sin responder.

Asensio resopló desde el sofá.

—Será eso, papá.

A juicio de su hija, pese a los acontecimientos que le habían tocado vivir en los últimos tiempos, el aire del bosque le había sentado de maravilla. El cabello, completamente cano, revelaba meses sin pasar por la peluquería; seguramente los mismos que llevaban sin verse desde que él decidió instalarse definitivamente en Villa Claudia.

No todo era lustre en su persona: en el dorso de las manos, salpicadas de manchas de vitíligo, se acumulaban los años y cierta dejadez en el cuidado personal. Aun así, Susan pensó que su padre conservaba ese atractivo sobrio, afilado, que siempre había fascinado a las mujeres.

Los últimos golpes de la vida no habían conseguido borrar del todo aquel aire setentero. La montaña le había afinado el cuerpo, pero le empezaba a ceder levemente en la espalda, como si el tiempo hubiera decidido apoyarse ahí.

—Papá, sigo pensando que estás estupendo. ¿Cómo te las apañas con la comida y los suministros?

—Aprendiendo a vivir con lo justo, cariño —respondió, encogiéndose de hombros—. Cuanto menos necesitas, más

libre eres. La montaña parece dura, pero tiene lo esencial: tranquilidad, belleza, aire limpio. No comer de más, reír cuando toca y vivir mientras se está vivo. Ese es el secreto.

Susan sonrió.

Asensio resopló desde su rincón.

El abuelo continuó como si no lo hubiera oído.

—Cada estación tiene su carácter. Allí arriba se aprende rápido —apuntó—: o escuchas al monte… o el monte te pone en tu sitio.

Nuevo resoplido de Asensio desde el sofá.

El abuelo sonrió, sin mirarlo, y siguió con su relato estacional:

—El invierno allá arriba a veces es cruel, no lo niego: el viento corta, la nieve lo cubre todo. Pero en verano todo cambia. En verano el bosque regala una brisa que en la ciudad ni se imagina.

—Este invierno ha sido duro en todos lados —apuntó Susan.

—Puede ser, pero en la montaña los primeros fríos se te cuelan hasta los huesos. Aquí siempre puedes refugiarte en un bar, tomarte un café, entrar en calor. Allí no: estufa de leña, cocina de troncos… y silencio. No quisiera aburriros con mis descripciones.

—¡Nooo! Ni mucho menos. Continúa, por favor.

—Está bien, Susan. Continuando con las estaciones, llegado el otoño el monte se pinta de ocres imposibles; y la primavera… bueno, la primavera no tiene rival.

—Oyéndote, cualquiera diría que debajo de ese aire de tipo duro se esconde un romántico. —Sonrió su hija—. Lo pintas tan bien que casi me entran ganas de mudarnos todos a la montaña.

—Sé que no lo haréis —respondió él—, pero os lo perdéis. Salir cada mañana y entrar en un mundo distinto: olores nuevos, luces distintas, silencios que no se repiten.

—Eso suena idílico, pero no hablas de las tormentas. Rayos, truenos y centellas tienen fama de reinar por allí —le recordó su hija.

—Lo cuentas tan bonito que hacía tiempo que no te escuchaba así.

La conversación se interrumpió cuando Susan reparó, por fin, en el otro acompañante.

—Papá… ¿y este perro? No me dijiste nada.

—Se llama Tobi —respondió, acariciándole el lomo.

El perro se sentó a su lado, atento. El abuelo apoyó la mano sobre el lomo, sin mirarlo.

—No podía dejarlo —se justificó, y no dijo nada más.

—Papá… ¿A tu edad, con un braco alemán? ¿A dónde vas con un perro tan peligroso?

Se rascó la frente, dándole a entender que un animal así sería difícil de encajar en el espacio familiar.

—Tienes razón. Te lo debería haber dicho. Todo se precipitó. Mi vecino y gran amigo Jordi Montserrat murió de repente.

—¿Has dicho que murió?

—Sí. En cuestión de semanas.

—¿Tenía familia?

—Al poco de su muerte, sus hijos aparecieron solo para hurgar en lo que pudiera haber dejado. Yo había planeado

dejar a Tobi con él durante mi estancia aquí, pero al fallecer Jordi se me rompieron los planes y no me quedó más remedio que traerlo conmigo.

Por unos segundos, el abuelo miró a su perro.

Tobi movió el rabo, correspondiendo al saludo mental de su dueño.

—Tobi es una joya —dijo él, y al pronunciar el nombre se le suavizó la voz—. No exagero. Es cariñoso hasta el extremo. Con decirte que cuando llegó a mi vida no sabía exactamente qué hacer con él… y ahora no sabría vivir sin su compañía.

Hizo una pausa breve, como si necesitara ordenar lo que sentía antes de seguir.

—Al principio fue un incordio, no te voy a mentir. Yo, con mis rutinas, con el silencio de la montaña como único compañero… y de pronto ese animal mirándome como si yo fuese el centro de su universo. No entendía nada. Me seguía a todas partes. Si salía a por leña, ahí estaba. Si me sentaba a leer, apoyaba el hocico en mi rodilla. La primera semana pensé seriamente en buscarle otro dueño.

Sonrió apenas, con una mezcla de pudor y ternura.

—Pero los perros no preguntan. No juzgan. Solo se quedan. Y en la montaña, hija, cuando cae la noche y el viento golpea las contraventanas, esa presencia muda cambia mucho las cosas.

Susan apretó los labios. Ese gesto —ligero, casi imperceptible— le recordó al de tantas otras personas que, sin querer, dejan asomar una sombra de recelo o incomodidad. Durante un instante temió haber dicho algo inapropiado. La conocía bien. Sabía leer en su rostro antes incluso de que hablara.

Ella, sin embargo, le tomó la mano con suavidad.

—No es eso, papá…

Pero bajó la mirada. Y en ese gesto él creyó advertir una preocupación que no tenía que ver con el perro.

—Llevas razón, hija mía —admitió al fin, con un suspiro que le salió desde el fondo—. Tenía que haberte dicho algo. Y si no te mencioné a Tobi no fue por ocultártelo, ni por restarle importancia. Fue porque, sinceramente, no sabía en qué iba a desembocar todo esto. Ni siquiera yo entendía la situación que se me venía encima.

Se acomodó en la silla y entrelazó los dedos, como si necesitara sostenerse en algo firme antes de continuar.

—Cuando hablamos por teléfono aquel día, yo tenía unos planes muy concretos. Pensaba pasar el invierno tranquilo, arreglar la techumbre del cobertizo, ordenar papeles atrasados… Lo de siempre. Pero después de colgar contigo, todo cambió. No fue algo premeditado. Fue más bien una concatenación de circunstancias.

La miró con honestidad.

—Y no quise alarmarte antes de tiempo. Ni darte datos incompletos. Bastante tenías ya con tus cosas.

Guardó silencio unos segundos, consciente de que ahora llegaba la parte que debía explicar con claridad.

—Para que entiendas mejor de qué hablo: hace un mes, mi vecino Julián sufrió un infarto. Lo encontraron dos días después, porque nadie lo había echado en falta. Vivía solo, como yo. Aquello me golpeó más de lo que imaginé. No por el susto, sino por la evidencia. La montaña es hermosa, pero también es implacable cuando uno se vuelve invisible.

Tragó saliva antes de proseguir.

—Julián tenía a Tobi. El animal se pasó esos dos días sin separarse de la puerta. Cuando llegaron, estaba exhausto. Nadie quería hacerse cargo. Y supongo que, sin pensarlo demasiado, lo traje conmigo.

Una sonrisa más franca apareció en su rostro.

—Al principio fue casi un acto práctico. «Mientras aparece alguien que lo adopte», me dije. Pero las noches se hicieron distintas. Dejaron de ser un eco. Empecé a hablar en voz alta con el perro, y aunque parezca una tontería, hija, ese perro me devolvió cierta conciencia de presente.

Susan lo escuchaba sin interrumpirlo.

—Comprendo que debí contártelo desde el principio. No hacerlo pudo parecerte un intento de mantenerte al margen. Pero no fue eso. Fue incertidumbre. Y quizá un poco de orgullo. No quería que pensaras que me estaba volviendo dependiente.

Le sostuvo la mirada con firmeza.

—No estoy huyendo de nada. Ni me estoy aislando. Solo intento adaptar el paso a lo que la vida me va poniendo delante. Y si Tobi forma parte de eso, no es porque sustituya a nadie, sino porque acompaña.

Su voz bajó un tono.

—Pero si lo que te preocupa es mi seguridad, mi salud o mi lucidez… te aseguro que sigo siendo el mismo hombre que te enseñó a montar en bicicleta sin soltar el sillín hasta el último segundo. Solo que ahora, cuando cae la noche, no estoy completamente solo.

Extendió la mano y volvió a apretarle los dedos.

—Y eso, hija, no es una debilidad. Es una forma de mantenerse en pie.

En los ojos de Susan ya no había duda, sino algo más profundo: comprensión… y un leve remordimiento por haber sospechado sin escuchar primero. Carraspeó.

—Bueno, no sé si sabrás que, en la montaña, como las casas están tan desperdigadas, suele llamarse vecino a todo el mundo,

incluso a quien vive a dos o tres kilómetros. Y otro de mis vecinos, Jordi Montserrat, vivía a esa distancia, más o menos. Buen amigo. El que me ayudó tras la muerte de mamá, cuando yo no tenía más aliada que la soledad. Como te he dicho antes, ya no está entre nosotros. Una enfermedad pulmonar se lo llevó por delante. En dos semanas lo devoró. Me contaron que fue un virus asesino que andaba suelto por ahí. Yo me enteré no hace tanto. Cuando empezó a sentirse mal, según me contaron después sus hijos, Jordi los llamó por teléfono para comunicárselo y…

Al advertir que sus palabras comenzaban a calar en su hija, decidió ordenar mejor los hechos. Comprendió que no bastaba con aludir a los acontecimientos; necesitaba explicar el contexto, darle forma a la historia que había quedado entre líneas. Solo así Susan podría entender por qué sus planes habían cambiado de manera tan abrupta.

—Jordi llevaba más de quince años separado de su mujer —empezó diciendo, con tono más pausado—. Sus dos hijos se marcharon con ella a Barcelona cuando eran aún bastante jóvenes. Desde entonces apenas hablaba de ellos. Que yo supiera, no tenía más familia. Al menos, nunca mencionó a nadie más.

Se detuvo un instante, escarbando en la memoria con gesto concentrado.

—En realidad —añadió—, creo que Jordi organizó su vida para no depender de nadie. Después de casarse, y casi sin dar explicaciones, se alistó como mercenario. Así, sin rodeos. Nunca supe muy bien en qué conflictos estuvo ni para quién trabajó. Tampoco quise preguntarle demasiado. Había una frontera invisible que él marcaba con claridad.

Se acomodó en la silla, entrelazando las manos.

—No hablaba de su pasado. Jamás. Y cuando, en alguna

noche de vino generoso, alguien insinuaba el tema, desviaba la conversación con una broma o salía a fumar. Solo una vez, con unas copas de más, se permitió una confesión breve. Dijo que de aquellos años «de guerra», como él los llamaba, había obtenido el dinero suficiente para retirarse sin preocupaciones. Nada más. Ni detalles, ni fechas, ni nombres.

Negó levemente con la cabeza.

—Supongo que cada cual carga sus sombras como puede.

Tomó aire antes de continuar.

—A lo que iba —se corrigió—. Después de que tú y yo habláramos sobre mi idea de instalarme definitivamente aquí, Jordi empezó a encontrarse mal. Al principio parecía algo pasajero: cansancio, mareos, pequeños olvidos. Pero en pocas semanas su estado empeoró. Fue rápido. Demasiado rápido.

Durante unos segundos su voz perdió firmeza.

—Yo intenté convencerlo de que bajáramos al hospital de la capital, pero se resistía. Decía que no necesitaba médicos, que estaba acostumbrado a dolores peores. Hasta que ya no pudo disimular más.

Miró a su hija con franqueza.

—Sus hijos aparecieron casi de improviso. Me sorprendió verlos allí, después de tantos años. Se lo llevaron a Cataluña. No hubo discusiones ni despedidas largas. Apenas un apretón de manos. Fue extraño… como si aquel hombre que había construido su vida sobre la autosuficiencia, de pronto, quedara reducido a una maleta y a un asiento trasero.

Bajó la mirada un instante.

—Murió poco después. Sin regresar a la montaña.

El silencio que siguió no fue dramático, sino reflexivo.

—Y ahí es donde todo cambió para mí —concluyó—. La casa quedó vacía. El perro, solo. Y yo… con esa sensación

incómoda de que la vida puede desmontarse en cuestión de días, por muy blindada que creas tenerla.

Se encogió ligeramente de hombros.

—No fue un plan calculado. Fue una suma de circunstancias. Primero tu llamada. Luego la enfermedad de Jordi. Después su muerte. Y, en medio de todo eso, Tobi mirando sin entender qué estaba ocurriendo.

Le sostuvo la mirada.

—No te oculté nada por desconfianza. Simplemente, los hechos se precipitaron y yo mismo tardé en comprender hacia dónde me llevaban.

—Pobrecillo —dijo Susan, sin excesivo interés, dejando que su padre continuara.

—Al mes, aparecieron sus hijos en la casa de la montaña. La verdad: aunque con los hijos no me uniera nada, era tal la amistad que tenía con el padre, que me dolió que no me avisaran. ¡Coño! Ni siquiera una llamada. Al cabo de un mes, ya te digo, llegaron los dos. No preguntaron por él. Preguntaron por las cosas.

—Papá —lo interrumpió Susan—, cuando murió mamá también tuvimos que ordenar papeles. No todo el mundo sabe hacerlo, y la Administración no entiende de duelos.

Menéndez alzó una mano, conciliador.

—Lo sé, lo sé. Pero déjame terminar: lo curioso es que se interesaron mucho por las conversaciones que su padre y yo solíamos tener. Y hubo algo que me llamó la atención: por frases sueltas deduje que buscaban algo más que recuerdos; y luego estaba el empeño en averiguar con qué banco trabajaba Jordi.

Susan entendió que esa frase escondía algo más, pero no preguntó.

El abuelo acarició al animal con un gesto automático.

—El plan de dejar a Tobi con mi vecino se truncó. Jordi ya no estaba… y yo no iba a abandonar al perro. Sé que te ha podido molestar. No te lo dije antes. Espero que comprendas que no he tenido más remedio que traerlo conmigo.

Susan alzó la vista hacia la lámpara, apretando los labios.

—Asun, ayuda al abuelo con las maletas. Yo veré dónde acomodamos al perro, con lo que está cayendo. Sé que a tu padre no le gusta mucho el plan, pero ya encontraremos la manera.

—O sea —ironizó Menéndez—, yo al cuarto de invitados y Tobi al rincón de los trastos.

Sonrió sin alegría; las arrugas se concentraron alrededor de unos ojos burlones.

—Papá… —suspiró Susan—. Tú sabes que ese nombre es solo una forma de hablar. Esa habitación es tan tuya como lo fue siempre esta casa. No olvides que tú y mamá nos ayudasteis a comprarla. Eres parte de esta familia. No un invitado.

—¿Y qué es lo que «está cayendo»? —preguntó, arqueando las cejas—. ¿Qué tiene de especial hoy que no tuviera ayer?

—¿No has escuchado la radio durante el viaje?

—¿La radio? —esbozó una sonrisa cargada de ironía—. La puse, sí, pero solo música. Hace tiempo que no la escucho. Da igual la emisora que sintonices: las noticias siempre vienen empaquetadas según quién las cuente.

Susan frunció el ceño.

—Vivimos más pendientes del envoltorio que del contenido. Por eso prefiero el silencio o la música. Desde que mamá murió… dos años ya… la radio me sobra. Bastante tengo con mis tareas, la huerta… y aprender a convivir con su ausencia.

La voz se le apagó sin necesidad de decir nada más.

—¡Ah! ¿Pero tienes una huerta en plena montaña?

Menéndez achicó los ojos, mirando de soslayo a su hija con cierta suspicacia.

—Pues sí. ¿Qué de extraordinario tiene criar lechugas o tomates en la montaña? En realidad, allí arriba se come lo que se tiene —argumentó con cierta satisfacción—. Y lo que no, se espera.

Susan sonrió.

Asensio no.

—Papá, mi pregunta era más retórica que otra cosa. Demasiado sé yo que eres capaz de hacer lo que te propongas. No sabía que tuvieras una huerta para consumo propio, pero me alegro. Ahora me lo explico: la verdura forma parte fundamental de tu alimentación. Con razón se te ve tan joven y saludable.

—Llevas razón: la ingesta de alimentos procesados y la grasa de la carne, además de ponerte como a un cerdo, atentan contra la salud. Pero no creas que solo como hierbas. Principalmente, por fuerza mayor, en la montaña es difícil adaptar la agricultura intensiva de la vega baja, y los ciclos anuales se cumplen escrupulosamente. Quiero decir que allá arriba no tengo tomates o berenjenas todo el año: solo los de temporada. En realidad, durante el transcurso del año, sobre todo cuando las nieves dificultan la agricultura exterior, la base fuerte de mi alimentación es la carne de caza, aunque de vez en cuando caiga alguna que otra trucha. Es una obviedad que con la llegada de la primavera el menú se enriquece notablemente con frutas y verduras. Pero dejemos esas simplezas; seguro que os estoy aburriendo.

—No, papá. Ni mucho menos. Continúa un ratito más. A mí me gustan los detalles que cuentas del mundo de la montaña y, sobre todo, me gustan las cosas que haces allá arriba…

Antes de que su hija continuara, Menéndez la miró de reojo, con una sonrisa de satisfacción.

Susan afirmó con la cabeza.

—¡Uf! Allá arriba todo está por hacer, pero te aseguro que todo lo que se hace, o queda por hacer, es futuro. La ciudad, eso que llaman el mundo civilizado, al ritmo que vamos no tardará en exiliarse a la montaña. Iré terminando; no quiero que te aburras.

—No, papá. Sigue, sigue.

Asensio resopló con hastío desde su rincón.

El abuelo continuó como si no lo hubiera oído.

—Está bien, luego no os quejéis del rollo que voy a soltaros. En fin, sigo: cuando llega el otoño y las hojas cambian de color, los árboles dejan caer sus frutos. El castaño me regala sus castañas, los nogales ofrecen sus nueces, y hasta las bellotas mejor escogidas de los robles pueden saciar el hambre tras una larga jornada de caza. Del pescado mejor ni hablar: para conseguirlo tengo que bajar más de una hora montaña abajo, hasta dar con dos arroyos que, en los albores de la primavera, se convierten en auténticas avalanchas de aguas bravas, criaderos naturales de truchas excelentes…

Asensio asentía, sin que de su rostro desapareciera el gesto de tedio.

—Puede decirse que ahí arriba tengo mi propio supermercado. Y, para rematar el sermón, en los ratos que me dejan libres la huerta y la caza, me siento junto al fuego y, antes de quedarme dormido, leo algún buen libro hasta que los ojos se me cierran.

—Últimamente alargo más las noches en vela, dedicando ratos a ordenar recuerdos con la vaga intención, todavía no confesada, de rescatar algo de mi subconsciente y, quién sabe cuándo, escribir mis memorias. Siempre llevo conmigo un pequeño cuaderno. Cuando presiento a las musas inquietas, anoto recuerdos antiguos, vivencias, cualquier anécdota que, a mi juicio, haya atravesado mi vida con un brillo especial.

El perro, que parecía entender a su dueño, lo miraba fijamente.

—¡Vaya! ¿Estás oyendo, Asun? El abuelo sigue siendo un fenómeno hasta fuera del mundo normal. Y ahora se quiere convertir en escritor de mucho postín, porque estoy seguro de que, aunque solo sean sus memorias, con la vida tan intensa que ha llevado, se las apañará para construir un *best seller* a lo Ken Follett.

—¡Bah! No será tanto. No voy a negar que desde hace algún tiempo estoy recopilando datos, episodios de mi vida, con la intención de dejar testimonio de mi paso por este puñetero mundo. —Carraspeó dos veces, dando una pausa intencionada a su comentario—. Pero que nadie tema: ciertos pasajes de esos testimonios, por prudencia familiar y estabilidad emocional de algunos, creo que lo más conveniente es que salgan a la luz después de irme de este mundo, ya que pienso que…

Las explicaciones del policía fueron interrumpidas por el sonido del móvil que su hija llevaba en el bolsillo.

Nerviosa, como siempre, extrajo el teléfono con apremio y ansiedad, temiendo que la llamada fuese para comunicarle alguna desgracia familiar.

—Es Álex.

Miró a su padre y a Asun; después se le escapó un suspiro hondo.

—Sí, dime, Álex.

—Mamá, hoy no voy a ir a comer. Igual se me hace tarde. Supongo que ya lo sabes: lo están diciendo en todos lados. Parece que el Gobierno de la Comunidad de Madrid va a cerrar en breve las guarderías, los colegios y la universidad para frenar lo del coronavirus. No se sabe bien cuándo empieza ni cuánto va a durar, aunque hablan de un par de semanas como mínimo. También corre el rumor de que podría haber

confinamiento. Por eso esta tarde me quedo en casa de Fran. Voy a recoger unos apuntes y es posible que se alargue la cosa un poco.

—No tardes, cariño. Con tanta confusión, lo mejor es que estemos todos juntos. Ya sabes: la familia unida nunca será vencida. Y, por cierto, ¿has visto cómo se ha puesto el tiempo? Tiene pinta de caer una buena.

Hacía poco más de una hora que los cúmulos nubosos avanzaban, empujados por el levante, amenazando a la ciudad con una noche prematura.

—Sí, mamá, ya lo sé. Lo de la familia unida lo repites siempre. Y lo del cielo también: basta con mirar arriba. No te preocupes, intentaré llegar lo antes posible. Precisamente te llamo para eso: para que no te inquietes. Que te conozco.

—Está bien. Pero si ves que se te hace muy tarde, me llamas.

—Lo haré, mamá.

Parece haberlo encajado bien, se dijo a sí mismo Álex, guardando el móvil sin mirar la pantalla.

Pensó en el plan.